

## La Strada. (1954)

Cine realizado mas allá de las barreras del tiempo, cine al cual ni las modas estéticas ni las proezas de la técnica hará, jamás, estropear su propio reloj. Fellini alcanza unas cuotas de sensibilidad extraordinarias a través de una sencillez visual neorrealista muy alejada de sus posteriores viajes. La secuencia final en la cual Anthony Quinn toma conciencia de su soledad extrema y su propio ser supone un aldabonazo brutal que a poca gente puede dejar indiferente.

Y ese es a mi parecer el principal mérito de esta película, esa sensibilidad pocas veces alcanzada sin caer en la sensiblería, duro y difícil ejercicio realizado de forma magistral por el funambulista de Fellini. Han pasado más de medio siglo desde la realización del film, e igualmente, me atrevo a asegurar, transmite las mismas sensaciones que el público debió de descubrir al otro lado de esa barrera. No se ve envejecida ni alejada de nuestra época. Captamos el mismo flujo de emociones que nos relatan una reflexión madura de lo que somos y de las barreras a superar más allá de la época que nos a tocado vivir. El resultado es, por lo tanto, una obra intemporal, creíble e impresionante por su agudeza emocional.

Sencillez narrativa y visual, que enriquece enormemente el film, haciéndonos centrarnos en lo principal. Sin manierismos ni esteticismos, se nos presentan unos personajes perfectamente contruidos y en los cuales casi podemos leer literalmente sus propias emociones,. Mezcla de optimismo y tragedia, es difícil olvidar esa sensación sugerida al final del film.

Hemos de suponer que todos tenemos actitudes propias de Gelsomina y Zampano inherentes y que subrayan los mecanismos de autoprotección, que hemos de tomar ante las complejidades de la vida. Encontrar el equilibrio entre los dos extremos parece el único camino para seguir sobreviviendo con dignidad. Transmitidas de manera sublime parecemos comprender exactamente las emociones de sus personajes: la bestia que roba corazones de plata, Gelsomina la “hechizada” que vive mas allá de nuestras convenciones pero que hilo mas fino que cualquier “cuerdo”, y el funambulista, al cual la toma de conciencia de su propio final, otorga una libertad de pensamiento y de genialidad que le hace posible apreciar el valor de cada segundo de su vida, libre de cualquier miedo, se convierte así en el punto de equilibrio de los tres personajes, en el elemento nivelador. Fantástico triunvirato de personajes inolvidables.

Como momentos geniales, a destacar el epitafio del funambulista “Me has roto el reloj”. La playa como inmensidad, de donde proviene y donde acaba Gelsomina y en la cual un Zampano que quiere estar solo, destruido, busca una catarsis que le lleva a la toma de conciencia de si mismo y de su soledad.

Mikel de la Fuente

\*

La Strada es la película de un genio. Todo el mundo aficionado al cine sabe que Fellini es un genio total y absoluto. Tardó relativamente poco en alcanzar su propio género, su propio espacio excesivo y plástico de candilejas. En realidad, desde el Jeque Blanco, Fellini es Fellini en bruto. Ese hombre grandón de Rimini, caricaturista y guionista del cine de posguerra social, terminó siendo adorado por todos, por los directores de las nuevas olas europeas, por la América de los Oscars, por el público corriente y por los intelectuales del cinefórum. Era la versión latina de Ingmar Bergman.

La Strada fue el “boom” de Fellini, se hizo un director internacional. Todo funciona en esta película. Es, lo que se dice, una película completa. Digo completa porque hace reír y llorar, se mueve en ese indefinible estado intermedio, pseudomelancólico y fantasioso, que sublima unos cuantos planos y unos cuantos gestos al estadio eterno del puro cine. Giulietta Massina, aquí Gelsomina, ausente, tierna, payasa, alcanza el aura absoluta, superior, inaccesible del viejo Charlot, tan fatuo y ridículo, tan conmovedor, tan amable. A mí la Massina siempre me toca las fibras.

Zampanó, un poderoso Anthony Quinn, es quizá, con Jake La Motta, el personaje más odiable de la historia del cine. Zafio, cruel, ruidoso, vanidoso y desagradable, Zampanó atraviesa, solitario, esta película de carretera asustando a la pobre Gelsomina. Sacude incluso a la pobre Gelsomina. Y se la guardo. Película tan exagerada en todos los aspectos quizá solo podía terminar en la desolación de una playa anónima con el silbido inconfundible de una trompeta pasada. El amor puede ser tan zafio y egoísta como Zampanó, tan generoso como el de Gelsomina. Finalmente asistimos a la redención de Zampanó, que llora inconsolable.

Fellini debió idear una “road movie” medieval y salió La Strada. En La Strada reincide el maestro en otro de sus temas, el circo. Con Tod Browning, Federico Fellini es el autor de la magia, de los clowns y del circo. Y Nino Rota es la orquesta de melancolía y misterio más imprescindible que el ojeroso úrsido de Rimini podía agenciarse. En esta película caballos solitarios transitan las sombras del asfalto y los trapeceistas y los focos cuelgan de los techos, y una Italia cutre y pobre se transforma, se deforma, se estiliza en el callejón del gato. Todo se hincha y vuela como la carpa formidable de un gran circo.

Álvaro Cortina

\*

La madre negocia con Zampanò la adjudicación de Gelsomina, que se aleja sobre la arena e inca las rodillas con una amplia sonrisa y lágrimas en los ojos, con los hombros encogidos, pues qué va a hacer. Es un momento condensador, es, hecha rostro, la sensación que bulle a lo largo de toda la historia, de playa a playa, de angustia a angustia, ir a morir en la orilla. Que tiene cara de alcachofa le dice Il Matto, pero no es de alcachofa, sino que es bonita, esa cara, interminable, en *su* película, la película de Giulietta. Haciendo eses de las calamidades a las alegrías, hasta que la sonrisa se borra del todo y de su boca sólo salen lamentos pequeños, como todo lo que ella hace, Gelsomina, pequeña. Inocente, inocencia infantil prolongada, bondad ingenua de Gelsomina, que pone buena cara a las lágrimas. Pero la sonrisa se le gasta y la cara se le cae y le cuelga y ya sólo puede estar triste. Cómo llora y cómo le cuelga la cara ante la muerte de Il Matto, y se tapa la boca con esa barbilla arrugada por las lágrimas que ahora sí han podido invadirla. Y consigue hacer una persona triste del insensible Zampanò, irreductible ogro. Entonces ya no podrá levantar las cejas con guasa, y se las pintará, y tendrá una cara triste con cejas pintadas hacia arriba y un lamento saliendo de la boca.

Jorge Oter

\*